

comida invisible y de una bebida que no está sujeta á la vista de los hombres. Ya, pues, es tiempo de que me vuelva al que me envió; vosotros bendecid á Dios, y contad todas sus maravillas. Dicho esto desapareció delante de sus ojos, y no pudieron verle á ver mas. Entonces, atónitos al ver las misericordias de Dios, se postraron boca abajo por espacio de tres horas, bendiciendo á Dios que tanto les favorecia. Levantáronse despues, y dieron cuenta á la gran comitiva de lo que les habia pasado, y de como aquel jóven, que tantos beneficios les habia hecho, era el ángel S. Rafael; uno de los primeros espíritus que hay en el cielo. Dieron todos gracias á Dios, que por medio de su ángel habia derramado tantas bendiciones en la casa del justo Tobías.

En esta historia se comprende todo cuanto se sabe de S. Rafael, y al mismo tiempo se insinuan los motivos que ha tenido la Iglesia de España para celebrar su memoria con una fiesta particular, distinta de la de los demás ángeles. Cuando se ha tratado de la custodia que hacen estos á los hombres en la festividad del ángel custodio, que se celebra el día 2 de octubre en toda la Iglesia, se ha dicho lo suficiente para entender la naturaleza y oficios de los espíritus celestiales. Cuanto se contiene en las sagradas letras, y lo mas principal en que convienen los Padres, está allí dicho, y seria inútil repetir aqui una doctrina que puede verse en aquel día; pero S. Rafael tiene sobre los demás ángeles la particularidad de ser destinado por Dios para cuidar de la salud de los hombres. Este oficio se ve claramente en toda su historia, reducida principalmente á dos hechos, que fueron curar á Sara de la opresion del demonio, y á Tobías de la ceguera. Esto mismo reconoce la Iglesia de España, dándole en el oficio eclesiástico el título de médico de nuestra salud; y esto, finalmente, testifica el nombre del mismo arcángel, pues Rafael quiere decir medicina de Dios. Así lo han reconocido la mayor parte de las iglesias y ciudades de España en los casos mas apurados de pestes y mortandad; y cuando faltase todo otro testimonio, bastaria para persuadir á los españoles su singular proteccion, dos mayores de toda escepcion, y comprobados por una multitud de pueblo inmenso que los asegura. El primero es de la religion de S. Juan de Dios, cuyos hospitales están bajo la proteccion y tutela de S. Rafael arcángel; y aunque á la exacta observancia de un instituto tan evangélico y tan provechoso á la sociedad puede atribuirse la curiosidad, la limpieza y la exencion de contagio que aparecen en los hospitales de esta religion sagrada; sin embargo, los mismos religiosos, haciendo sacrificio á la verdad de su propio interés, confiesan que el patrocinio de san

Rafael arcángel tiene la mayor parte en estos beneficios; y en reconocimiento de esta verdad en todos sus conventos le celebran fiesta y devotos novenarios, protestando su piedad y reconocimiento, y escitando á iguales sentimientos á los fieles. El segundo testimonio es de la ciudad de Córdoba, cuya iglesia se cree de las primeras de la cristiandad en celebrar la fiesta de S. Rafael. El arcángel es patrono de la ciudad, y ésta ha reconocido siempre su proteccion en tantos casos, que de ellos solos pudiera formarse una historia. El magnífico triunfo dedicado al santo arcángel, en cuya cima está su estatua, obra magnífica y costosa por la materia, y excelente por el artificio, es la prueba mas convincente de la obligacion en que están al santo arcángel los cordobeses, puesto que tan costosamente esplican su gratitud. Es tradicion entre ellos que en el recinto de la ciudad no puede caer rayo ni centella en virtud del patrocinio de S. Rafael, que tiene dada palabra de libertarla de estos males. La esperiencia de tantos siglos acredita que no es una tradicion vana; porque se necesita cerrar los ojos de la razon, y hacerse desentendido de las reglas de buena critica para atribuir este hecho á pura casualidad. Como quiera que sea, lo dicho hasta aqui es suficiente para conocer los poderosos motivos con que celebra esta festividad la Iglesia de España, y asimismo los que tienen todos los fieles para esperar prudentemente que en sus enfermedades les favorezca el santo arcángel, y en esta confianza implorar con humildad y devocion su patrocinio.

SAN BERNARDO CALVÓ, OBISPO DE VIQUE.

SAN Bernardo Calvó, decoroso ornamento de la reforma del Cister, uno de los prelados mas ilustres que han brillado en la Iglesia de España, nació en una casa de campo de la parroquia de Villaseca en el arzobispado de Tarragona, llamada el Mas Calvó, de la cual tomó el sobrenombre de Calvó ó Calvon. Desde muy niño manifestó indicios nada equívocos de la eminente santidad á que llegó con el tiempo, porque se manifestaba muy amigo de servir á Dios y muy aficionado á la virtud. Dedicóse á las letras; y siempre que habia de estudiar se ponía antes en oracion, rogando á Dios que le alumbrase, y enseñase doctrina del cielo: por este medio adquirió altísimo conocimiento de la cristiana teología. Esta facultad la estudió en Lérida, cuya escuela quedó honrada y edificada con tan digno alumno. Acabada la carrera de los estudios, con aplauso universal, solicitáronle varios prelados eclesiásticos, para honrar á sus iglesias con

un sugeto de tan eminentes virtudes y de tan grande sabiduría; pero despreciando el devoto jóven todos los honores y todas las dignidades de este mundo, solo deseaba ocuparse en el negocio importante de su eterna salvacion en alguno de los claustros religiosos. Puso los ojos en el monasterio de Santas Cruces de la reforma del Cister, y pidió al abad con humildes ruegos, que le admitiese entre los individuos de aquella ilustre comunidad. Queriendo el abad probar la vocacion del pretendiente, le respondió que esperase cuarenta dias y despues de ellos le volveria respuesta. Pasó este tiempo el siervo de Dios en fervorosa oracion, y en rigurosos ayunos, distribuyendo entre los pobres de Jesucristo todo cuanto tenía, que no debía ser mucho, siendo pobre estudiante; y reiterando sus súplicas al mismo prelado, acabados los cuarenta dias, díjole el abad, que tuviese paciencia hasta la Pascua del Espíritu Santo, cuya festividad estaba próxima, y que entre tanto encomendase su negocio á Dios, suplicándole que se dignase asistir á la recepcion de aquel santo hábito. El siervo de Dios lo hizo tan de veras, que ayunó siete dias sin tomar otro alimento que un poco de pan y de agua. Vino la festividad de Pentecostes, y el abad le dió el hábito.

Si fué grande el gozo que Bernardo tuvo, habiendo alcanzado lo que tanto deseaba, no fué menor el sentimiento de sus parientes cuando supieron su determinacion. Durante el año de noviciado se valieron de cuantos artificios pudo sugerirles el amor y la industria, á fin de obligarle á dejar el hábito que vestia: ruegos, razones, reflexiones, lisonjas, y aun amenazas emplearon para arrancarle la vocacion. Pero conociendo el devoto jóven que solo el Señor seria el que pudiera librarlo de un combate tan violento, les pidió últimamente que pensasen en ello tres dias, y en este tiempo rogasen á Dios que les diese á conocer su divina voluntad. Despedidos sus parientes pasó Bernardo este tiempo en fervorosa oracion, en rigurosos ayunos y en asombrosas penitencias, pidiendo al Señor que iluminase á sus deudos para que no le molestasen; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, trastornó el cielo el corazon de sus deudos de suerte que volviendo arrepentidos al monasterio, pidieron perdon á Dios arrodillados ante el abad en presencia del siervo de Dios, por su imprudente solicitud.

Acabado el año de noviciado hizo Fr. Bernardo profesion con gran contento suyo; y queriendo mostrarse agradecido á un favor tan singular, hizo empeño de portarse en adelante con toda la perfeccion que exigia la reforma del Cister, lo que consiguió

á espensas de su infatigable anhelo en adquirir todas las virtudes religiosas: su vida era un ejemplar de penitencia, de obediencia, de castidad y de todas las demás virtudes. No por esto dejó el estudio de las letras sagradas con el fin de ser útil á la Iglesia, para lo cual se dedicó con un ardoroso zelo al ministerio de la predicacion, y logró para Dios maravillosas conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado, que se pudiese resistir al fuego de amor divino que comunicaba el ilustre misionero á sus oyentes.

Murió el abad del monasterio de las Santas Cruces, y como las eminentes virtudes de Bernardo eran tan conocidas en la comunidad, toda ella puso en él los ojos para sucesor del difunto. En vano solicitó escusarse por cuantos medios pudo sugerirle su profunda humildad, porque persuadidos los religiosos de la grande utilidad que resultaria á aquella ilustre casa, teniendo por superior á una persona de tanto mérito, insistieron en la eleccion á pesar de la resistencia de Bernardo. Admitió por fin el cargo compelido de la obediencia, pero la nueva dignidad solo sirvió para que mas brillasen sus eminentes virtudes: tan humilde, tan mortificado y tan exacto cuando superior, que cuando novicio y cuando simple religioso. Su fervor y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monges, los que notando que su santo padre era el primero que iba delante en todos los ejercicios de la vida regular, se encendieron en vivisimos deseos de imitar sus acciones, para aspirar á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados.

No podía el ardiente zelo que tenia Bernardo por la salvacion de las almas estrecharse dentro de los muros del monasterio, y habiéndolo dotado el Señor de unos talentos extraordinarios y de una poderosísima elocuencia para la predicacion, salia con mucha frecuencia á ilustrar á los pueblos de todo aquel país con la luz de la doctrina evangélica, logrando para Dios innumerables conversiones de personas extraviadas del camino de la salvacion. Tenia el siervo de Dios un rostro hermosísimo, y mirándole con mucha curiosidad ciertas mujeres, comenzaron á elogiar su belleza, admirándose de que tuviese tan blancos y tan iguales los dientes sin la menor diligencia, cuando ellas apenas los podian conservar así con esquisito cuidado. Supo el siervo de Dios por inspiracion divina la vana curiosidad, y eligiendo por tema en uno de sus sermones aquellas espresiones del Evangelio, en que dice Jesucristo: Si tu ojo ó tu pié te escandaliza, córtalo y arrojalo de tí; se quebró con una piedra los dientes á vista del concurso, y tirándolos con generosidad adonde esta-

ban las mujeres, dijo: *Ved, miserables, que la preciosidad de los dientes, y esta hermosura que tanto habeis elogiado, no son otra cosa que huesos pútridos y carne que se ha de convertir en comida de los gusanos en la sepultura: envidia las cosas espirituales, que son las que condecoran al alma, para que podais merecer la vida eterna, que no se adquiere con la vana y transitoria hermosura del cuerpo.* Sintieron los monges aquella heroica accion de su amado padre, creyendo que con la falta de los dientes no podria hablar con entereza, ni tomar el alimento necesario; pero fué tan al contrario, que no le sirvió aquella falta del menor detrimento ni para las predicaciones, ni para la comida.

Predicando el Santo en el territorio de Lérida, entró en casa de ciertos señores que le convidaron; y leyendo su compañero la santa Escritura al tiempo de comer como tenia de costumbre, interrumpia la lectura cierta calandria ó canario con su canto. Mandóla Bernardo callar en nombre de Jesucristo, y fueron tan eficaces sus palabras, que quedó como muerta en la jaula. Sintió mucho la dueña de la casa; pero luego que se acabó de comer, y se concluyó la lectura, dió el siervo de Dios permiso á la avejilla para que cantase, como lo hizo con mas suave armonia que hasta entonces, con admiracion de todos los circunstancias.

Aconteció algun tiempo despues que habiendo juntado las mieses en la era junto al mismo edificio, algunos hijos de perdicion deseando poner fuego al convento, y quemar á los monges su sustento, pusieron fuego en las mieses, el cual se encendió luego causando grande espanto. Avisado el siervo de Dios, vino luego donde estaba el incendio, y viendo el daño inminente, pues el fuego se iba apoderando ya de la sacristia, echó encima de él su santísima veracruz, confiando en el favor de Jesucristo, que en ella nos redimió y libró del infierno, y luego al instante el fuego se mató milagrosamente, quedando las mieses intactas como si tal cosa no hubiera sucedido.

En otra ocasion fué el santo abad á predicar la cuaresma en el territorio de Lérida, y habiendo acabado su predicacion volvióse á su convento, y cuando estuvo á una legua de la ciudad se desvió del camino, donde se detuvo grande rato. Maravilláronse, pues, los que iban con él de su tardanza; fueron allá, y hallándole arrodillado le preguntaron el motivo. Respondió que en aquella hora habia muerto un religioso de su monasterio, y que entonces los monges de su convento estaban tambien arrodillados al espirar de dicho religioso; añadiendo que habia visto

los ángeles que se llevaban su ánima al cielo con grande alegría. Llegaron por sus jornadas al monasterio y hallaron ser verdad, que en aquella hora y punto el dicho religioso acabó la vida y le fué hecha sepultura, como habia dicho en el camino el siervo de Dios.

Habiendo fallecido el obispo de Vique, como las eminentes virtudes del Santo eran tan notorias en todo el principado de Cataluña, fué promovido á aquella cátedra por universal consentimiento de todo el clero y de todo el pueblo. No fué tan fácil la admision en Bernardo como lo habia sido la eleccion; pues se mantuvo inflexible á las mas fuertes instancias de los electores, hasta que recurrieron al papa en solicitud de su confirmacion y de sus letras apostólicas para obligar al siervo de Dios á que aceptase, lo que hizo por obediencia al vicario de Jesucristo. No ignoraba el santo prelado los formidables cargos de la dignidad episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se lo impuso, esperando de su piedad todas las luces necesarias para cumplir fielmente con tan arduo ministerio, se aplicó á desempeñar todos sus deberes con aquella vigilancia y con aquel zelo que exige el Apóstol de los perfectos prelados colocados en el candelero de la Iglesia.

Quiso que el ejemplo fuese la leccion mas eficaz que sus palabras; y no embarazándole la obligacion de vivir como obispo á la de vivir como monge, continuó con los mismos ejercicios religiosos que habia observado en el claustro: pero distinguiéndose sobre todo en la pobreza evangélica y en la frugalidad de su mesa, tuvo medios para socorrer á toda clase de necesitados, teniendo en él los pobres, los huérfanos y las viudas un padre, un tutor y un defensor, con cuyos gloriosos títulos le llamaban á boca llena.

Estaba muy reciente en el obispado de Vique la memoria de los moros que ocuparon muchos años aquel terreno; y queriendo el santo prelado borrar del todo las reliquias que quedaron de los infieles, y dar á un mismo tiempo á sus ovejas la correspondiente instruccion de la doctrina cristiana, visitaba su diócesi de dos en dos años conforme á lo que disponen los sagrados cánones, y era cada visita no como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de las costumbres del pueblo; portándose con todos con tanta dulzura, con tanto amor y con tanta benevolencia, que hecho dueño de las voluntades de sus súbditos, todos le amaban como á padre, y todos le reverenciaban como á santo, correspondiendo el rendimiento de sus órdenes al zelo con que las dispensaba; siendo el ángel de la paz en las re-

ñidas contiendas, puesto que el Señor le concedió el don especial de componer discordias.

Tenian por entonces los moros el reino de Valencia; y encendido Bernardo en el mas ardiente zelo de dilatar el reino de Jesucristo, exhortó á sus feudatarios y á otros muchos poderosos caballeros cristianos, para que hiciesen guerra á los infieles. Juntó con efecto un valeroso ejército, y dirigiendo por sí la expedicion, conquistó á los árabes muchas villas, castillos y lugares de aquel reino, haciéndole el Señor tanto favor, que siempre que los suyos entraban en batalla, quedaban vencedores y alcanzaban de los moros victoria. Pero bien entendian todos, que sus victorias las debian mas á las fervorosas oraciones del Santo, que al poder de las armas. Estos lugares que conquistó el santo D. Fr. Bernardo Calvo dió el rey D. Jaime I de Aragon, que entonces reinaba, á su obispado de Vique. Pero despues otros reyes les trocaron con las baronias de Artés, Sellent, y otras, como se ve largamente en los autos del patrimonio del obispado de Vique. Volvió despues de estos triunfos á su Iglesia, y queriendo el Señor manifestar lo agradable que le habia sido aquel servicio, al llegar como una media legua á Vique, se tocaron por sí mismas las campanas, y se alegró todo el pueblo con la venida de su amado pastor; cuya señal continuó despues no pocas veces cuando regresaba de algunas importantes ausencias.

Salió Bernardo á tranquilizar ciertas reñidas discordias que ocurrieron entre los caballeros y los habitantes de los castillos y los lugares de Urgel y Segarra; y al llegar á un lugar llamado Coll de Malla, se tañeron por sí las campanas como tenian de costumbre. Levantóse un viento furioso que turbó con el polvo todo el camino, é impacientándose el Santo contra el elemento, dejaron de tocar las campanas. Conoció Bernardo que habia ofendido á Dios con aquella impaciencia, y compungiendo hasta lo sumo, determinó dar al Señor satisfaccion por medio de la mas severa penitencia. Nombró un vicario general para que gobernase su Iglesia, y no contento con las asombrosas mortificaciones y con los rigurosos ayunos con que castigaba su inocente cuerpo, se cinó con un cinto de hierro áspero y pesado, resuelto á no quitárselo en el resto de su vida. En este estado determinó partir á Valencia á predicar la fe á los moros, ansioso de padecer martirio; y habiéndose embarcado en una nave que estaba para hacerse á la vela, luego que estuvo en alta mar se levantó una borrasca tan deshecha, que no pudiendo los navegantes gobernar la nave por haber roto la furia de los vientos el

árbol y las velas, se vieron todos en inminente peligro de naufragar irremisiblemente. Púsose en oracion Bernardo, pidiendo á Dios que salvase á tantos inocentes, puesto que solo él era el pecador; y oidas sus reverentes súplicas, se quedó el mar tranquilo y sereno. Agradecido el Santo á este singular favor, quiso acrecentar su mortificacion, y oprimiéndose mas el cinto de hierro que llevaba, le cerró con la llave, y la arrojó al mar, para no tener á la mano el instrumento con que aliviar semejante penalidad.

Viendo Bernardo que no tuvo efecto su viaje á Valencia, rogó á los marineros que lo condujesen á las islas de Mallorca y de Menorca, tambien ocupadas por los moros, para satisfacer sus deseos; pero habiéndole respondido que no podian dirigir la nave donde quisiesen por estar desmantelada, quedándose éstos dormidos por la noche cansados de la tormenta pasada, se puso solo el Santo en oracion, pidiendo á Dios que los llevase á puerto seguro. No faltó el Señor á su fidelísimo siervo, y levantándose un viento rápido, pero suave, se hallaron todos por la mañana en Barcelona. Fuése Bernardo á uno de los monasterios fuera de la ciudad, el cual, segun parece, era S. Cucufate del Vallés, ó tal vez el de la Cartuja, donde dió gracias al Señor, rogándole que encaminase sus intentos á su servicio. El miércoles siguiente á su llegada, el convento hizo provision de pescado, y paseando el santo obispo por el monasterio, vió al cocinero que aparejaba la comida, y desentrañando un pescado grande, halló dentro de él una llave. El devoto prelado conoció luego que era la llave de su penoso cinto que él habia echado en el mar; y tomándola fué luego á la iglesia delante del santísimo Sacramento, donde dió gracias á Dios por la merced. Conoció tambien con aquello que Dios por su misericordia le habia perdonado su pecado; y considerando por todos los portentosos sucesos que le ocurrieron, que el Señor queria que volviese á su Iglesia, se puso en camino para Vique. Tocáronse las campanas como solian antes de llegar al pueblo, y conociendo los ciudadanos por esta señal que no estaba muy distante el santo prelado, salieron á recibirlo en procesion, ansiosos de ver al que esperaban con entrañables deseos.

Comenzó Bernardo con nuevo fervor y con nuevo aliento á ejercer todas las funciones de su ministerio episcopal, y queriendo Dios manifestar la eminente santidad de su fidelísimo siervo, la hizo demostrable con repetidos milagros. En el año siguiente de su llegada á Vique, se helaron enteramente las viñas, á fuerza de los crudos hielos que ocurrieron en el país, y

habiendo ordenado el Santo á su mayordomo por el mes de setiembre, que dispusiese los vasos de su bodega para recoger la cosecha, le respondió éste, que era ociosa la prevención por no haberla. Mandóle el siervo de Dios que trajese las uvas que encontrase en las viñas, en las que solo hubo tres racimos, y echando sobre ellos su bendición, ordenó al mayordomo que los esprimiese en las vasijas, las cuales se ballaron llenas de vino mas superior que el de los años precedentes. Dispuso el venerable prelado que se distribuyese diariamente en el pueblo; y continuando el Señor sus prodigios, en lugar de disminuirse crecía el vino milagrosamente con admiración de todos cuantos llegaron á saber tan extraordinaria maravilla. Igual prodigio obró en otro año de tanta escasez de lluvias, que no se cogió cosa alguna en el territorio de Vique. Dió orden el santo prelado en vista de la necesidad, que se recogiese en su palacio todo el trigo de diezmos que tenia en las paneras de su diócesi, hizolo moler para repartirlo entre los pobres, y distribuyéndolo diariamente por sí mismo, despues de celebrar el santo sacrificio de la misa, siempre sobraba pan con abundancia, aunque fuese inmenso el número de los necesitados, por lo que entendieron claramente todos que era la mano poderosa de Dios la que lo multiplicaba por los méritos de su amado siervo.

Otros muchos y grandes milagros obró el bienaventurado obispo Fr. Bernardo, porque muchos ciegos por sus oraciones cobraban vista, los sordos el oido, los cojos el caminar, los tullidos se valian de sus miembros, y á todos exhortaba que dejasen el pecado y perseverasen en la virtud, que Dios omnipotente en semejantes casos era todo misericordia. Nunca cesaba cuando tenia oportunidad de predicar, y era muy prudente y severo en extirpar los vicios públicos. Dedicábase frecuentemente á la administración del sacramento de la penitencia, y rogaba con grande amor y caridad á sus clérigos que se empleasen en esto, y que para ello se preparasen con oración y doctrina, y que sin la oración no se pusiesen en el confesonario.

Así vivió este dichoso prelado lo que le quedaba de vida con gran santidad. Enfermó, y entendiendo que se despedía de este mundo miserable, hizose traer los salmos penitenciales, y los dijo con grande contemplación, exhortando á todos los suyos á que hiciesen penitencia: así se preparó para morir en el ósculo del Señor, despues de haber recibido los últimos sacramentos. Fué su dichoso tránsito á 26 de octubre del año 1243, reinando en el principado de Cataluña el serenísimo príncipe D. Jaime I de este nombre. Fué grande la pena y tristeza que tuvieron de su muerte no

solo el clero de Vique, sino tambien los ciudadanos y todo su obispado por lo mucho que le querian. Estuvieron ocho dias sin enterrarle, y en todo este tiempo nunca dió de sí mal olor; antes bien si milagros obró Dios nuestro Señor en la vida del Santo por su intercesion, muchos mas obró siendo muerto. Pasados los ocho dias, antes de sepultarle vino gran concurso de gente á verle, y todos los que le tocaban y estaban en necesidad, hallaban remedio. Depositáronle en un magnífico sepulcro de mármol cerca de la pila bautismal de su iglesia, donde es tenido en grande veneración, y se ha dignado el Señor continuar obrando por la intercesion de su siervo repetidísimos milagros, de los cuales constan justificados ciento cuatro con la simplicidad que acostumbraban los antiguos en la sumaria hecha en el año 1244 por los canónigos de Vique Ramon Cabreta y Ramon de Sala, de comision del obispo de aquella Iglesia á instancias de su cabildo. Domenech vió la vida de este siervo de Dios escrita en lengua lemosina por un escritor cercano á aquellos tiempos. Por decreto de la sagrada congregacion de Ritos de 22 de julio del año 1723 fué concedido al clero secular y regular del obispado de Vique que celebrase la fiesta de S. Bernardo el dia 24 de octubre, con rito doble de segunda clase.

SAN MARTIRIAN Ó MARTIRIANO, OBISPO Y MÁRTIR,
PATRON DE BAÑOLES (*).

EL glorioso S. Martiriano fué italiano natural de la ciudad de Florencia en Toscana, hijo de padres nobles pero gentiles. Llamábase su padre Zelopo, y su madre Eufragia. En su niñez edad dió señales de lo que habia de ser, porque siendo de nueve años de edad se ocupaba ya en ayunos, oraciones, é iba siempre vestido de cilicio.

A los doce años se le murieron sus padres, y entrando en la iglesia, un dia oyó aquellas palabras del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y sigueme;» hizolo así el jóven Martiriano, dando todos sus bienes á los pobres. Aconteció, que estando una noche en oración oyó

(*) Domenech en su Historia de los Santos de Cataluña, dice que sacó esta vida de las lecciones de los maitines del monasterio de S. Estéban de Bañoles, de la orden de S. Benito, la cual hemos creído conveniente continuarla aqui integra tal cual la escribió el citado autor y se lee en su referida historia.